

LAS ÚLTIMAS ANAGNORISIS DE LA ODISEA

Libro XXIV: versos 203 al final.

ANAGNÓRISIS DE LAERTES

Esta es la idea central. Pero como pasa en Homero, la idea central va armonizada con otras secundarias. Por eso la anagnórisis de Laertes va complementada por la anagnórisis de Dolio. Así pues este cuadro abarca—como es natural—el reconocimiento del padre y el reconocimiento del criado, aunque con muy diversa amplitud. El reconocimiento del padre tiene 80 versos y el del criado 27.

I. RECONOCIMIENTO DEL PADRE

El reconocimiento del padre tiene tres partes: Preparación, prueba y manifestación.

1.^a *Preparación.*

Ulises con sus tres acompañantes

«después que bajaron de la ciudad llegaron pronto al hermoso huerto de Laertes tan bien trabajado, huerto que él se había adquirido en otro tiempo a costa de muchos sudores. Allí tenía su casa, y a su alrededor corría a todo lo largo un cortijo donde comían y vivían y dormían los esclavos que le hacían sus que-
reres. Allí estaba una anciana siciliana, que al anciano Laertes solícitamente cuidaba en el campo, lejos de la ciudad.

Entonces Ulises dijo a sus criados y a su hijo: «Vosotros ahora entrad en la bien construída casa y para comer matad en seguida de los puercos al mejor. Mientras tanto yo voy a probar a mi padre, a ver si me reconoce y me distingue con sus ojos o ya no me conoce, tanto tiempo como he estado fuera».

Así diciendo dió a los criados sus armas guerreras. Ellos se fueron en seguida a casa, y Ulises se acercó al huerto de mucho fruto para probar a su padre. Ni encontró a Dolio, al bajar al gran verjel, ni a ninguno de los criados ni de sus hijos. Se habían ido a recoger cantos para hacer una cerca del huerto, y el viejo los dirigía».

El análisis de esta preparación nos revela el arte de Homero. Nos quiere presentar los personajes que van a intervenir en la escena—Laertes, la vieja siciliana, Dolio y sus hijos—y nos los presenta en acción, es decir, a medida que los va reclamando la acción. Pero todos estos personajes hay que ambientarlos, por eso están subordinados a otro personaje poético principal que es «el huerto». En el huerto va a tener lugar la gran anagnórisis que se avecina, del huerto va a recibir toda su emotividad melancólica, y por eso el huerto es el que forma el marco poético en que está enmarcada toda esta introducción.

Así «llegan al huerto»—y aquí dos epítetos para caracterizarle como corresponde a personaje principal—«hermoso, bien labrado»... timbre de ulterior poétización. El huerto está ya muchas veces anunciado en el transcurso del poema, pero sólo aquí se describe su genealogía, ahora que va a entrar en escena. «Es un huerto que antaño consiguió Leartes, a costa de muchos sudores»... ¿Sudores de guerra? ¿Sudores de trabajo? ¿Sudores de ahorro? No lo especifica el poeta. Sólo nos interesa que fué a costa de «muchos sudores»—para caracterizar al padre del «tan paciente Ulises»—y que fué «antaño» para ambientar de nostalgia toda esta escena de añoranza nostálgica.

Sólo aquí se describe la geografía del tantas veces aludido huerto. Tiene una casa en medio—es la de Laertes—a su alrededor corre un cortijo—morada de esclavos.—¿No es ésta la manera homérica de reservar los datos y no decirlos todos la primera vez que se menciona una cosa, sino guardar los más importantes para el momento cumbre? Lo mismo, muchas veces nos ha dicho que «una anciana» le cuidaba. Sólo aquí nos dice que era «siciliana», ahora que va también a intervenir. Por lo demás, con decirnos que esta viejecita «le cuidaba solícitamente en el campo, lejos de la ciudad», nos evoca las veces y las situaciones—tantas y tan patéticas—en que nos ha apuntado en el transcurso del poema esta emotiva idea... tan melancólica. Lejos de la ciudad... hastiado de sus orgías. En el campo... como en un remanso para sus penas. Sólo... sin más compañía que la de sus criados y sin más consuelo que la soledad de sus campos. También allí estaba una anciana alejada de su tierra... siciliana... Es la anciana que cuidaba al anciano en su soledad y le cuidaba solícita... Tiembre de su próxima actuación y evocación de Euriclea...

Presentado el huerto de Laertes, sus esclavos, la criada, el poeta corta la presentación de los personajes con el programa de la futura escena formulado por Ulises. Es el instinto de Homero de la claridad, del orden, de la variedad y del estilo directo o dialogado: «Vosotros ahora id a la casa a preparar la comida. Yo voy a probar a mi padre a ver si me conoce»... Son las dos anagnórisis de este cuadro, la del criado que tendrá lugar durante la comida, y la del padre. Y lo primero lo último, según la manera de Homero.

Dos timbres tiene de futura ambientación. El «cerdo mejor» que manda matar para la comida—ambientación de alegría y de victoria y ostentación de dominio juntamente con el recuerdo y evocación de Eumeo... —y el preñuncio del posible desconocimiento de su padre por los muchos años que ha estado ausente. Otro tercer timbre se pudiera notar que es el de las armas que entrega a sus criados. Verso rápido, intercalado, que refleja la memoria de Homero que no se olvida de las armas, y sobre todo su poética manera de sostener el hilo de una idea que se ha de desarrollar más tarde, de modo que no se apague.

Tras esta presentación del programa en estilo directo, pasa otra vez a la presentación de los personajes que quedan en estilo narrativo. Ellos van a la casa y Ulises se acerca al huerto... para probar a su padre. Es lo típico de la escena que se avecina y por eso el poeta lo vuelve a anotar. Como anota también que el huerto es de mucho fruto... ¿Por qué será? Timbres y toques de atención... Flechas que apuntan todas al centro poético... Sugerencias de cosas que van a venir.

Le falta presentar al personaje que va a dar ocasión a la segunda anagnórisis de este cuadro, al criado: ¿Y cómo le presenta? De la manera más original. Dice de repente que Ulises al acercarse al huerto «no encontró a Dolio ni a ninguno de sus hijos». Luego dice que era «anciano». Su solicitud está pintada en haber ido al frente del grupo de hijos y criados en busca de piedra para arreglar la cerca del huerto. Todo sintonizado con la solicitud del anciano Laertes que va a entrar ahora en escena... El solo con su hijo. Que para dejarlo sólo, y así más emocionante, ha sacado el poeta a los demás al campo. Sólo estaba en casa la vieja siciliana y él en el huerto.

2.^a *Reconocimiento. a) La prueba.*

Tiene dos tiempos: primero la vista, segundo el oído. Primero verse, segundo hablarse. Así va el poeta progresivamente de menos a más, y la intensidad emotiva sube en crescendo.

Ulises ve a su padre y llora..

«A su padre le encontró solo en el bien cultivado huerto, cavando una planta. Mugrosa ropa vestía, remendada, indigna. Alrededor de sus piernas se había atado unas polainas de cuero de buey remendadas, defensa de los arañazos, y unos manguitos en sus manos por los espinos. Encima llevaba en la cabeza un gorro de piel de cabra, entregado a su dolor... Cuando así le vió Ulises—el de tanto aguante—destrozado por la vejez, con tanto dolor en su alma, parándose bajo un alto peral se echó a llorar...»

Es el primer tiempo, la vista desde lejos... La primera impresión que recibía de su padre después de veinte años que no le veía. En su alma luchaba la emoción agitada por el rudo contraste del ayer y del hoy... Ayer le dejó joven, hoy le encuentra viejo; ayer le dejó rico, hoy le encuentra astroso; ayer le dejó alegre y feliz, hoy le encuentra triste y desgraciado. Índice de esta desgracia es su ocupación—«cavando una planta»—como para matar las penas... Índice de esta desgracia es su vestido—sucio, mugroso, remendado, — su calzado—zatas remendadas, —sus guantes—unos manguitos, —para defensa de los arañazos, para defensa de los espinos... Son los arañazos del alma, son los espinos que punzan su corazón... Símbolo de este dolor es finalmente su gorro de piel de cabra...

Tan fuerte impresión recibió el héroe de inmenso aguante ante aquella figura de su padre—destrozado por los años y el dolor—que a pesar de su aguante infinito tuvo que pararse al pie de un árbol y echarse a llorar. Esta visión de Ulises llorando, arrimado al tronco del peral lozano, es de un lirismo irresistible...

«Pensó después en su ánimo qué sería mejor, si besarle y echarse al cuello de su padre y decirle todo—cómo había venido y llegado a su patria tierra—o si primero le haría preguntas y le probaría en cuanto dijese. Así le pareció, después de pensarlo, que sería mejor: probarlo primero con intencionadas palabras. Con este intento se fué derecho a él el divino Ulises...»

Es el programa de lo que va a venir: la prueba y la manifestación. Pensó si sería mejor declararse enseguida o ver primero cómo

el anciano reaccionaba... Son las dos partes en que se va a dividir la anagnórisis. A Ulises le parece mejor ver primero cómo reacciona el anciano ante el recuerdo de su hijo—a pesar del inmenso dolor que le causa su triste situación y el deseo de sacarle de ella enseguida—y a nosotros estéticamente nos parece también este acuerdo muchísimo mejor. ¿Por qué? Porque así asistimos al «fieri» de la anagnórisis, al proceso que se va desarrollando en el alma del anciano desde la noche oscura de la desesperanza hasta el mediodía de la manifestación. Y este proceso lento y creciente tiene un encanto parecido al del día en su lento amanecer. Es un caramelo estético que no se traga sino que se va disolviendo lentamente en la boca. Veamos su arte.

Ulises prueba a su padre.

Segundo tiempo: la prueba. Del ver pasa al hablar. De la apariencia al interior. Lo que la apariencia indicaba, ahora lo va a decir el corazón. Pena, dolor...

Ulises «se acerca ya a su padre. Este sigue con la cabeza gacha cavando la planta»—nueva ambientación de la escena—y su hijo junto a él le dice por fin: ¡Oh anciano, no te falta experiencia para cuidar el huerto. ¡Qué bien cuidado está! No hay cosa ninguna—ni planta, ni higuera, ni vid, ni olivo, ni peral, ni macizo—que esté descuidado en él. Pero te voy a decir una cosa, y tú no la llaves a mal. Tu persona es la que no está bien cuidada, sino que junto con la triste vejez estás malamente marchito e indignamente vestido. No será ciertamente por no trabajar, por lo que tu amo no te cuida. Ni hay nada de esclavo en tí para los que ven tu cara y tu estatura. Porque pareces un rey. Te pareces a uno que después de lavarse y comer durmiera blandamente. Que este es el derecho de los ancianos...»

Ha empezado la primera parte de la prueba. Su encanto radica en la insinuación. Ulises va suavemente a insinuarse en el ánimo de su padre para llevarle al reconocimiento. Nosotros—que lo sabemos todo—gozamos al coger el alcance de las palabras que se dicen, avalorado por el contraste de la ignorancia o inconsciencia de quien las oye. Nuestro ánimo está siempre diciendo: ¡A ver cuándo le conoce! Y esperamos el momento de ver la sorpresa de quien sale del sueño de la ignorancia a la realidad de la manifestación. El encanto del juego de los niños que dicen: «frío, frío—templado, templado—caliente, caliente—que te quemas, que te quemas—¡se quemó!..» es el que mejor refleja el encanto de estas clases de anagnórisis.

Todo ello se basa en un contraste: ¡El huerto tan bien cuidado, y tú tan mal! Y el encanto está en la oportunidad con que toma pie del oficio que está haciendo «no eres inexperto en cultivar el huerto», en el elogio que hace del buen hortelano con la enumeración de las seis cosas bien cultivadas—«ni planta, ni higuera, ni vid, ni olivo, ni peral, ni macizo está descuidado»—, en el contraste emotivo—«sólo tú no estás bien cuidado»—emoción que nace del contraste entre las cosas y la persona y de tales cosas y tal persona—es su huerto, y es su padre... —y es el padre de quien tanto sabemos que ha sufrido, y de cuyos sufrimientos es un símbolo esa dejadez y ese mismo cuidado distraidor de sus penas... Es su padre a quien dejó tan joven y a quien encuentra tan viejo... Por eso su primera palabra es ésta: «¡Oh anciano!» Anciano más que por los años por los pesares.—«Vejez bien triste es la tuya. ¡Qué ajado y marchito estás! Como tus vestidos»...

Y luego la inconsciencia que simula de quién es y el doble sentido con que nos lo va diciendo.—«No tienes tú facha de esclavo, pareces más bien un rey... uno de esos que se lavan y comen y descansan blandamente... que tal es el derecho de los ancianos»... Anciano al principio, ancianidad en medio y anciano al fin... La vejez, «¡qué aviejado, qué envejecido está!...» esto es lo que más suele impresionar a los que ven a una persona después de mucho tiempo, y esto es lo que más refleja sus pesares... Por eso el poeta lo repite tres veces, porque esto es lo que más impresionó al hijo al ver por vez primera después de veinte años a su padre...

* * *

Ya el poeta nos ha manifestado los primeros sentimientos del hijo. Su cariño, su preocupación. Ahora un paso más hacia la prueba y la manifestación: «Pero dime una cosa y dímela con verdad: ¿De quién eres criado? ¿De quién es el huerto que labras? Dímelo sinceramente para que sepa de cierto si es verdad que he llegado a Itaca, como me lo ha dicho ahí un hombre que encontré ahora al venir aquí, no muy cuerdo por cierto, pues no se atrevió a decírmelo todo y a contestar a la pregunta que le hice acerca de un huésped mío—si todavía vive y está en el pueblo, o ya ha muerto y está en las casas del Hades.

Porque te voy a decir una cosa, y tu fíjate bien y escúchame: Un día hospedé a un hombre—allá en mi querida tierra—que vino a mi

casa, y no ha habido mortal alguno más querido para mí de cuantos huéspedes de lejanas tierras han llegado a mi morada. Se gloriaba de ser por familia de Itaca y decía que Laertes—hijo de Arcesio—era su padre. A aquel yo le llevé a mi casa y le agasajé en ella con toda amabilidad, ofreciéndole de lo mucho que tenía. Y le dí los dones de la hospitalidad como se debe a los huéspedes. De oro bien labrado le dí siete talentos, y le dí una cratera toda de plata con trabajos de flores, y doce túnicas finas, y otros tantos tapetes, y otros tantos mantos hermosos, y además otros tantos jubones, y sin ésto mujeres, sabedoras de finas labores, cuatro, agradables, las que quiso él mismo escoger».

Es el segundo paso: el hijo, la insinuación del ausente... La primera fué la soledad de noche oscura del anciano, privado del hijo que era su luz. Todo estaba diciendo por los efectos esta soledad del alma, esta oscuridad triste por aquel sol que se puso. Ahora empieza a aparecer, a despuntar la aurora, pero ¡qué suavemente! ¡Con qué frescor primaveral matutino, que encanta al lector consciente de su amanecer!... Cuatro veces pide el interlocutor veracidad... cuando él más hábilmente se dispone a fingir. Y este contraste acentúa el encanto de la ficción. Porque el blanco de la ficción tiende precisamente a hacer declarar—al otro interlocutor—que es su padre... —«¿De quién eres criado?» —De nadie, soy señor... —¿«De quién es este campo que trabajas?» —De nadie, soy su amo... —Es «el rey», es «el señor» que antes tan hábilmente insinuó... que podía y merecía pasarse la vida «comiendo y descansando...» Este juego de consciente e inconsciente, este disparar flechas al blanco que vemos nosotros cómo se van clavando en él, estas continuas llamadas cada vez más fuertes—como quien quiere despertarle de un profundo sueño—esto es lo que forma el encanto de este pasaje.

¡Y con qué delicadeza e ingenuidad! ¡Y con qué desgaire! «Díme la verdad para que sepa si realmente he llegado a Itaca, como me ha dicho ahí un hombre que he encontrado ahora al venir para acá, no muy inteligente por cierto, pues ni siquiera se dignó contestarme acerca de un huésped mío...» Ya está la insinuación—Itaca, huésped...—¿Y quién será ese huésped? El alma del anciano siente el eco en el vacío que dejó su hijo—¿muerto? ¿vivo?—Y este eco lo recoge el poeta—«si vive y está en el pueblo o ya ha muerto y está en la morada de Hades». La insinuación ha hecho mella en el corazón del anciano, la flecha se ha clavado en el blanco, y el anciano

empieza como a querer despertar del profundo sueño... Un extranjero que viene a Itaca y pregunta por uno que fué su huésped... Pregunta si vive o está ya muerto... ¿Mi hijo?....

Esta idea subconsciente va aclarándose como la luz de la alborada. «A ese hombre yo le hospedé en mi casa y fué para mí el más querido de todos los huéspedes»—interés por el personaje y cariño por el extranjero.—«Y se gloriaba de ser de Itaca y decía que su padre se llamaba Laertes...» La luz ya se ha hecho blanca. Despunta el sol... El corazón del padre ya sabe que lo que el corazón le decía era verdad. Aquel huésped tan querido era efectivamente su hijo... ¡Su hijo tenía que ser, tan sin igual!... El cariño del hijo incomparable y la gratitud al extranjero amable van adueñándose del corazón del padre... Dos corrientes que van creciendo paralelas y que al juntarse producirán un choque estético intensísimo y gratisimo...

Por eso el poeta las desarrolla en crecida intensidad. «Yo le agasajé con toda esplendidez y todo cariño. Y le dí recuerdos que testimonian mi estima, y mi cariño sin igual». Y no se causa de enumerar los regalos—de oro, de plata, de telas, de todo lo más precioso—enumeración que aumenta la gratitud del anciano para con el espléndido forastero y satisface el corazón del padre al ver el cariño y admiración que despertaba su hijo... ¡Su hijo! Que no volvió, que ya pereció... Y este choque de sentimientos entre la admiración, la satisfacción y el cariño por su hijo y la pena de tenerlo muerto—tanto mayor cuanto más grande y amable se lo ha pintado—es lo que constituye el encanto emotivo de este pasaje. Encanto enriquecido con la simpatía despertada por la generosidad del extranjero.

La contestación de Laertes.

Todos estos sentimientos, reforzados por otros que integran la tragedia interior del anciano, son los que aparecen en la contestación de Laertes: «Y el padre—dice el poeta para hacernos sentir todo el encanto de la prueba—le contestó derramando lágrimas». ¿Lágrimas por qué? Por el recuerdo, por el cariño, por la admiración del hijo. Lágrimas por no haberle vuelto a ver y darle ya por perdido... ¡teniéndole presente! Lágrimas de gratitud para tan buen amigo...

«Forastero, ciertamente has llegado a la tierra por que preguntas, pero la tienen hombres insolentes y libertinos...» Es el puñal que lleva clavado en su alma. En lugar de su hijo, los canallas... Por

eso, por no verlos, está él consumido en el campo... Nos va abriendo la tragedia de su corazón. «Y esos dones los distes en vano, a pesar de ser tantos. Porque si a él le hubieses encontrado vivo en su casa de Itaca, entonces te hubiera correspondido con otros tantos dones y te hubiera despedido con toda hospitalidad: que esto es lo debido con quien comenzó...» Es la nota de gratitud que vibra en el pecho del anciano como consecuencia de la enumeración de los «millares de dones al mejor amigo». Gratitud amarga por la «inutilidad» de tanta generosidad ante la ausencia de su hijo y presencia de los infames... ¡Su hijo! ¡Su hijo querido!... Ahí va el anciano, porque ahí tiene él todo su corazón. ¿Con que viste a mi hijo? ¿Cuánto tiempo hace?

«Pero, ea, dime esto y dímelo de verdad: ¿Cuántos años hace que hospedaste a aquel tu huésped infeliz—a mi hijo—si es que algún día existió—desgraciado? Que allá—lejos de sus seres queridos y de su patria—allá en el mar le comieron los peces o en tierra fué pasto de las fieras y de las aves. Ni le lloró su madre, amortajándole, ni su padre que le engendramos. Ni su esposa de rica dote, la prudente Penélope, pudo hacer sus lamentaciones ante el lecho de su esposo, como es debido, después de cerrarle los ojos, que éste es el tributo de los muertos.» Es la noche que ensombrecía el alma del anciano—la ausencia de su hijo. Noche cerrada que aparece aquí con todos los trazos más negros reveladores de su convicción completa de que estaba ya muerto. Por eso «infeliz, si alguna vez existió, desgraciado, que murió lejos, quién sabe dónde, devorado por los peces o por las fieras»...

Y luego la imaginación del anciano hace presa en la muerte y se la pinta como debiera ser y como no fué. «Ni le pudimos amortajar y llorar sus padres, ni le pudo cerrar los ojos y llorar su esposa»... Tan cierto está de su muerte y tan triste fué su muerte. Negrura... noche oscura en el alma del anciano, oscuridad de media noche, cuyo contraste será más grande cuando se encuentre con la claridad del medio día... Noche que le hace al anciano buscar luz en el tiempo... a ver si todavía cabe esperar. «¿Cuánto tiempo hace que le hospedaste?» Porque si hace poco todavía cabe volver, pero si hace mucho... se perdió toda esperanza. ¡Con qué fuerza de insinuación y de sentimiento hace esta pregunta el anciano, reveladora de su ansiedad! «¿Cuánto tiempo hace ya—dímelo de veras—que hospedaste a aquel tu huésped desgraciado, hijo mío, si es que alguna vez existió, infeliz?...» Cómo se ha dejado caer que él es Laertes y que aquél era su hijo...

Después de estas negras tintas de media noche, tras las que todavía late una luz crepuscular de la esperanza, va el poeta a apagar aun esta tenuísima luz, para que la negrura sea lo más intensa y esté así perfectamente preparado el contraste con la diafanísima luz de la manifestación. Por eso pregunta: «Dime con toda verdad. ¿Quién eres tú y de dónde? ¿Dónde está tu ciudad y tus padres? ¿Dónde ancla tu rápida nave, la que te trajo acá a tí y a tus compañeros? ¿O has venido como pasajero en nave ajena y te han desembarcado y se han ido?» Esta pregunta sobre la personalidad y procedencia del forastero es natural y necesaria y su armonización sirve para poner un poco de variedad en la nota triste, y capacitarnos así para el clima emotivo que sigue inmediatamente. Además sus notas—«Tú quién eres» y «acaso has venido pasajero en nave ajena y te han dejado y se han marchado»—son sumamente sugerentes de Ulises que se va a descubrir y de su llegada en la nave feacia.

De la noche al día.

Por eso dice el poeta que Ulises de tantos recursos le contestó: «Yo te lo voy a decir todo con toda verdad. Soy de Alibas, donde vivo en ínclita casa, hijo del rey Afeidas, hijo de Polipemón. Mi nombre es Epérito. Pero algún dios me ha traído errante desde Sicasia a acá contra su voluntad. Y mi nave me ancla hacia el campo lejos de la ciudad. Pero por lo de Ulises este es ya el quinto año, que de allí se fué y salió de mi patria el infeliz. Aunque los pájaros le eran favorables, a la derecha, y confiado en ellos le despedí, y confiado se marchó también él. Y el corazón nos decía que todavía nos habíamos de encontrar como huéspedes y nos habíamos de dar preciosos regalos»...

Ya se apagó la única luz de la esperanza que quedaba: el tiempo. Ya hace cinco años... Y cinco años son demasiados para no volver. Su hijo efectivamente ha muerto. La conclusión se clava acerrada en el ánimo del anciano y recibe nuevos golpes con el contraste de la esperanza con que partió: esperanza en las aves, esperanza en el que le despedía, esperanza en el que se partió, esperanza en ambos de volverse a encontrar otra vez. Tanta esperanza hace más sensible todavía la pérdida inesperada... Quisiera hacer renacer todavía la esperanza en el ánimo del anciano, pero la conclusión se clava más aguda: tanta esperanza ha resultado vana, mi hijo murió...

«Así dijo, y una nube de dolor le cubrió... bien negra. Con ambas manos cogió polvo y ceniza y se la hechó por la blanca cabeza, gimiendo profundamente». Es la manifestación exterior del dolor

que inuadió su alma como nube negra, tan negra que no tenía ya nada de luz. «El ánimo de Ulises se conmovió, en sus narices sintió ya la aguda picazón del dolor al ver a su querido padre. Le besó echándosele al cuello de un salto y le dijo: «Aquel soy yo, yo mismo, padre, por quien tú preguntas: he venido a los veinte años a la patria tierra. Pero deja tu llanto y tus tristes lamentos. Porque te diré una cosa,—aunque urge la prisa—: A los pretendientes los he matado en nuestros palacios, vengando la dolorosa afrenta y sus malas obras».

Hemos llegado a la cumbre de la anagnórisis, o mejor dicho, de la manifestación de Ulises. El poeta la ha preparado en tres tiempos o avances: 1.º Yo hospedé a Ulises.—2.º ¿Cuánto tiempo hace?—3.º Cinco años... Los tres van en avance de negra noche o de nube negra... hasta extinguirse la más tenue luz de la esperanza. Entonces viene el climax con la desconsoladora reacción del anciano que se cubre de ceniza y gime y llora desesperado o desesperanzado y la conmovedora reacción del hijo que no pudiendo aguantar más le besa y abraza y le dice: «Yo soy, yo mismo, padre, aquel por quien preguntas»... concentrando en sí las dos corrientes del cariño y amor hacia el hijo y gratitud al extraño que se habían despertado intensísimas en el corazón del anciano. Y para cortar de raíz todo el dolor del anciano y acabar con toda su tragedia interna, no solamente ha vuelto su hijo, sino que ha matado también a todos los pretendientes. ¿Puede haber ya cosa que le dé pena? Así ha preparado el poeta maravillosamente el contraste y así ha pasado de la media noche al medio día. Pero así como los que pasan de la oscuridad a la luz no pueden ver claramente al principio sino que tardan un poco hasta que se hacen los ojos, así le pasó al buen anciano ante tan grande y tan inesperada noticia.

La anagnórisis.

Por eso Laertes le contestó diciendo: «Si ya eres de veras Ulises, mi hijo que has venido aquí, dame alguna señal ahora evidente, para que crea». Está tan cambiado, hace tanto tiempo que se fué... que el buen anciano no le reconoce y pide una señal y una señal manifiesta...

«Entonces le contesta el ingenioso Ulises: «La cicatriz primero ésta, mírala con tus ojos, que me hizo en el Parnaso un jabalí con sus blancos dientes cuan-

do fui allá. Tú me mandaste y mi señora madre a casa del padre de mi madre Autólico, para recibir los dones que cuando vino acá me había prometido y ofrecido». Es la primera señal: la cicatriz. Pero con elementos nuevos que no habían aparecido hasta ahora. Elementos sumamente poéticos ahora porque recuerdan la infancia del héroe cuando vivía todavía su madre y su abuelo—precisamente en este momento en que vuelve ya casi aviejado después de veinte años de ausencia. Y este ir desde el presente al pasado, este viajar de la imaginación del héroe y del anciano a los años de la infancia y recordar aquel hogar feliz con las visitas del abuelo y aquel trasladarse del niño a casa de sus abuelos tan cariñosos y dadivosos... tiene un encanto de añoranza y recuerdo hogareño conmovedor. Encanto que prepara el siguiente mucho más fascinador.

«Pero, mira, te voy a decir también los árboles que en el huerto bien cultivado me diste un día, y yo te los iba pidiendo uno por uno siendo niño, siguiéndote por el vergel. Ibamos por medio de ellos, y tú me los ibas nombrando y diciéndome uno por uno. Perales me diste trece y diez manzanos, higueras cuarenta, hileras de cepas así me señalaste cincuenta para dármelas, cada una madurable a su tiempo, con racimos de todas clases en ellas, cuando ya las horas de Zeus cargaban de arriba».

Es la segunda señal delicada, delicadísima, que da el hijo al padre para su identificación. Su delicadeza radica en el poético trasladarse a los años de la infancia—precisamente en esta hora de la vuelta después de tantos años, cuando padre e hijo son ya canos—trasladarse, digo, a aquellas horas de la infancia tan candorosa, tan ingenuamente infantiles, en que el hijo pequeñito iba acompañando a su padre por el huerto, siguiéndole por entre medio de los árboles, y le iba pidiendo a su padre: «dáme este árbol y este y este»... Y su padre le iba diciendo: «para tí..., te lo doy...» Y así le fué dando hasta cincuenta hileras de cepas para que tuviese racimos todo el año y de todas clases... ¿Quién no ve aquí reflejado un pedazo de su propia infancia y no siente la honda emotividad de los tiempos en que era niño y acompañaba así a su padre y tenía ocurrencias tan candorosas como ésta, y su padre le contestaba con el mismo candor haciéndose niño como él? ¿Quién no ha tenido un huerto donde ha pasado sus años infantiles y ha dejado pegado a él parte del corazón? El huerto y la casita donde vivimos son parte de nuestro ser y por eso su recuerdo nos hace vibrar de emoción. Y este enumerar detallado del poeta los árboles del huerto complaciéndose en su mirada, nos encanta avivando el recuerdo con la viveza de la descripción. Y este madurar de los racimos en todos tiempos y de todas clases pone una nota de idealización aromática muy parecida a la del huerto de Alcínoo que encanta por su fragancia. ¿No era

todo este encanto lo que nos quería ya anunciar Homero cuando al fin del canto 23 nos decía: «Yo voy al campo de muchos árboles a ver a mi padre»? (v. 359). ¿Y en este mismo canto 24: «Y Ulises se acercó al huerto de muchos frutos a probar a su padre»? (v. 221). Son los timbres poéticos sugerentes con los que gusta Homero preparar a sus lectores para los grandes momentos poéticos que se acercan. Y uno de esos momentos más poéticos es este encantador pasaje del huerto de Laertes.

Porque aún queda el mayor secreto de su encanto que es su finalidad, el ser la señal más definitiva para demostrar a su padre que él es aquel su hijo querido que daba por muerto y cuya ausencia sin fin le tenía sumido en la más honda desdicha. Esta es la luz que viene a disipar totalmente, absolutamente, la negra nube de dolor que cubría su alma para inundarla en torrentes de luz y de consuelo... casi superior a la resistencia del anciano... «Sus rodillas desfallecieron, su querido corazón no pudo más... al reconocer las señales tan ciertas que Ulises le daba. Echó los brazos a su hijo querido y éste le cogió hacia sí desfallecido, el de tanto aguante divinal Ulises». Y en este abrazo y en este desfallecimiento quedó sellado el reconocimiento de padre e hijo...

«Cuando ya cobró aliento y recobró el sentido, lo primero que dijo fué: «Padre Zeus, todavía hay dioses en el gran Olimpo si de veras los pretendientes han pagado su malvada insolencia. Pero ahora mucho temo en mi ánimo no se echen aquí enseguida todos los Itacenses y despachen quien dé la voz de alarma por todas partes a las ciudades de los Cefalénios. Pero Ulises de tantos recuerdos le dijo: Tranquilízate, no te preocupes por esto. Vamos a la casa que está cerca del huerto, que allá he enviado por delante a Telémaco y al boyero y al porquerizo para preparar cuanto antes la comida».

Ya se le han acabado a Laertes todos los pesares. Su hijo ha vuelto, los pretendientes han muerto. La noche se ha cambiado en día, la nube se ha disipado y su negrura se ha transformado en luz. Con los pretendientes y su hijo ha llenado todo su discurso: los pretendientes al principio, su hijo al medio y los pretendientes al fin. «Verdaderamente que Dios existe, puesto que ha triunfado la justicia».

La idealización de Laertes.

Así termina propiamente la anagnórisis de Laertes, y se oye ya el timbre del cuadro siguiente: «Mucho temo que se venguen ahora

de nosotros las familias de los muertos...» Pero no es nada más que el timbre. Antes tiene que coronar la anagnórisis con el nimbo de la idealización. Ha desaparecido el dolor de su alma y tiene que desaparecer también la miseria de su cuerpo, esa miseria que reflejaba el dolor de su alma: esos vestidos sucios, ese envejecimiento... Por eso van a la casa donde encuentran a Telémaco, al boyero y al porquerizo cortando carne y mezclando vino tinto. Y mientras ellos preparan la cena, la criada siciliana lava y unge con aceite al magnánimo Laertes y le echa encima un manto hermoso. Y Atenas poniéndose junto a él agrandó los miembros del pastor de pueblos, y le hizo más alto que antes y más ancho para ser visto. El salió del baño y se maravilló ante él su hijo amado, al verle parecido a los inmortales dioses por su presencia. Y le dijo estas aladas palabras: ¡Oh Padre! seguramente que alguno de los inmortales te ha puesto mejor de presencia y de estatura para que te vean...»

Este rejuvenecimiento idealizador de Laertes es un eco poético del rejuvenecimiento de Ulises antes de ser reconocido por su hijo Telémaco (16, 172). Los timbres de «magnánimo» y «pastor de pueblos»—términos épicos—están ya anunciando la intervención guerrera del abuelo que caracterizará el fin del poema y que, como es natural y según su costumbre, tiene que anunciar el poeta ya desde ahora. Por eso «el prudente Laertes contesta a su hijo» con un tono que recuerda al anciano Néstor y con un regocijo que refleja su alma renovada: «¡Ojalá, padre Zeus y Atena y Apolo, que cual era yo cuando tomé a Nérico la bien amurallada ciudad sobre el borde del continente, siendo rey de los Cefalenios, así te hubiera podido asistir ayer en nuestros palacios, con las armas sobre los hombros, para rechazar a los pretendientes... Entonces hubiera hecho desfallecer muchas de sus rodillas. y tú en lo más íntimo de tu corazón te hubieras regocijado».

Este recuerdo de sus buenos años, precedido ya en el libro 22 por el «escudo ancho, viejo, cubierto de polvo, del héroe Laertes» que sacaba Melancio del «armario» de la casa de Ulises (184) para defensa de los pretendientes, y esta alusión a su posible intervención en la matanza de los pretendientes es la preparación para la inmediata intervención contra las familias y amigos de los pretendientes.

II.—LA ANAGNÓRISIS DE SU CRIADO DOLIO.

Pero Homero sabe preparar y sabe completar. Ya ha preparado la próxima escena final de la venganza, y ahora, antes de pasar a ella, va a completar la escena de la anagnórisis. Nunca se pone el sol en su mediodía. Siempre se va poco a poco amortiguando su luz. La anagnórisis de Laertes ha sido como una luz de mediodía intensísima. Ahora va a tamizarla con otra anagnórisis más tenue como luz de atardecer. Es la anagnórisis de su criado Dolio, sencilla, modesta, atractiva, que encanta por sí misma y por las reminiscencias de las demás anagnórisis que evoca y hereda.

El poeta hace la transición con su fórmula acostumbrada:

«Así hablaban entre sí padre e hijo. Los otros cuando acabaron su trabajo y prepararon la comida, por orden se sentaron en sillas y sillones. Eutonces pusieron mano a la comida, cuando en esto llegó el anciano Dolio y con él los hijos del anciano cansados del trabajo, pues los había ido a llamar su madre la vieja siciliana que miraba por su alimentación y cuidaba del anciano con solicitud, desde que le había alcanzado la vejez».

Son rasgos placenteros de sabor hogareño sintonizado: la solicitud de la madre, la obsequiosidad de la esposa, la unión de los hijos con los padres, la ancianidad de ambos... sintonizada con la de Laertes... a quien cuidaba como a Dolio la misma viejecita siciliana... ¿No es verdad que esta anciana nos está recordando a Euriclea? ¿No es verdad que Homero sabe reservar sus datos para el momento preciso, pues quien ya desde el primer libro nos dijo que Laertes era atendido por una anciana, sólo aquí dice primero que era siciliana (211, 366), y luego que esta siciliana era la esposa de su criado Dolio?

«Llegan pues, Dolio y sus hijos»—todavía no dice cuántos—. «Cuando vieron a Ulises y le conocieron se quedaron parados en la sala pasmados. Pero Ulises con dulces palabras se dirigió a ellos y les dijo: «O anciano, siéntate a comer y no te quedes así pasmado, que ya llevamos un rato deseosos de comer aguardando en esta sala, siempre esperando por vosotros». Así dijo. Dolio se fué derecho extendiendo ambas manos, y cogiendo la mano de Ulises la besó en la muñeca y hablándole le dijo estas aladas palabras: «O querido, puesto que has vuelto a nosotros que tanto te deseábamos y no te esperábamos ya ver, y los mismos dioses te han conducido: salud y felicidades sin fin, y te colmen los dioses de bendiciones—».

Y dime con toda verdad para que yo lo sepa: ¿Lo sabe ya bien la prudente Penélope que has vuelto tú acá, o mandamos un mensajero?» Y le contestó así el tan ocurrente Ulises: O anciano, ya lo sabe, ¿qué tienes tú que preocuparte de esto? Así dijo, y él se sentó a su vez en pulido banco. De la misma manera los hijos de Dolio rodeando al ilustre Ulises le daban la bienvenida y le cogían las manos, y por orden se iban sentando junto a Dolio, su padre...»

Así termina la anagnórisis, con esta puesta de sol vespertino que se va hundiendo insensiblemente en el mar o en la llanura extinguiendo paulatinamente su luz. Todo es delicado y plácido, con esa placidez de atardecer: la llegada de Dolio y sus hijos que se quedan parados al ver a Ulises, las «dulces» palabras de éste invitándolos a sentarse a comer con él, la delicadeza de estar esperando por ellos para empezar a comer, el cariño y respeto a la vez del anciano que coge la mano de Ulises y la besa en la muñeca, la efusiva felicitación con que le saluda y la delicadísima solicitud del buen criado que enseguida se acuerda de su ama... ¿Lo sabe ya?

Si la vieja siciliana recuerda a Euriclea, el viejo Dolio recuerda a Eumeo, y sus breves intervenciones evocan torrentes de poesía que inundan como en remanso estos últimos jugosísimos versos. Es la última vez que se nombra a Penélope, y la ingenua pregunta del abuelo nos hace evocar también las poeticísimas entrevistas de Ulises con ella. Por eso cuánta poesía encierra aquel solo brevísimos verso: «O anciano, ya lo sabe, ¿qué tienes tú que preocuparte de eso?» Verso que dijo Ulises con la sonrisa en los labios y la gratitud en su corazón....

Finalmente con qué expresión de rayo verde presenta el poeta a los hijos de Dolio saludando también a Ulises—pero no hablan—y cogiéndole de la mano—pero no se la besan—y sentándose junto a su padre... Así se va extinguiendo la luz de la anagnórisis: Luz intensísima en la de Laertes y Ulises, luz menos intensa en la de Dolio y Ulises. Entre la luz intensísima y la luz más tenue ha mediado la escena de la idealización, como para dar tiempo a que se amortiguase la luz y para separar con elementos de variedad las dos anagnórisis conforme a la costumbre de Homero, para que la segunda no patine sobre la primera sino que coja al lector como de nuevo.

Despidámonos ya de esta bellísima anagnórisis final del poema. Cinco han sido las anagnórisis: primera la de Telémaco, segunda la de Euriclea, tercera la del porquerizo y el boyero, cuarta la de

Penélope, quinta la de Laertes, y última como epílogo la de Dolio. Cada una tiene su fisonomía particular determinada por el carácter de la persona que reconoce y por la finalidad poética de la anagnórisis en la marcha de la acción. La de Telémaco fué la fe, la de Euricles fué el cariño, la de Eumeo y Filetio fué la fidelidad, la de Penélope fué la prudencia, la de Laertes es el amor... Y el amor de un padre anciano... ¿Qué mejor que este ocaso amoroso de la vida para enmarcar el final de esta galería magistral de anagnórisis que no tienen rival en las obras literarias? Si las dos cosas que más encantan en las tragedias—según Aristóteles—son la anagnórisis y la peripecia, ¿cual no será el encanto de este poema cuajado todo él en su segunda mitad de anagnórisis mezcladas con peripecias? He aquí una de las claves para descubrir el secreto de su frescura inmortal...

CUADRO TERCERO

FIN DE LA TRAYECTORIA DE LA VENGANZA Y FIN DEL POEMA.

Tiene dos partes: primera en la ciudad, segunda en el campo.

a) *En la ciudad.* Contiene tres escenas: la recogida de los cadáveres, el ágora, la salida al campo.

Recogida de los cadáveres: «Así ellos se ocupaban en la sala. Mientras tanto la fama decidora se fué rápida por la ciudad a todas partes contando la odiosa muerte y el hado de los pretendientes. El pueblo todo al oírlo se reunió por aquí y por allá con lamentos y gemidos ante las casas de Ulises. Y sacaban los muertos del patio y los enterraban—cada uno los suyos,—y los de otras ciudades los mandaban cada uno a su casa colocándolos en rápidas naves para que los llevasen los marineros».

El poeta está liquidando las consecuencias de la venganza. Como ésta constituía la trama principal del poema, con ésta termina. Y termina ya rápido como sol que se pone... y que parte del disco ya toca en el agua. Tres rasgos le bastan para dar colorido a este cuadro: la fama que cuenta, la gente que acude, y los muertos que sacan... Tres rasgos patéticos—donde resaltan los muertos que van embarcados—que con su patetismo preparan la escena del ágora.

El ágora. «Y el pueblo se fué al ágora todo, afligido en su corazón. Y cuando se reunieron y estuvieron todos juntos, ante ellos se levantó Eupites y tomó la palabra. Por su hijo llevaba en el alma irremediable pena, por Antínoo, el primero que mató al divino Ulises. Llorando por él les arengó diciendo: O amigos, gran hazaña ha tramado este hombre contra los aqueos. A los unos llevándoles en las naves —tantos y tan excelentes— perdió las cóncavas naves y aniquiló a sus compañeros, a los otros los mató a la vuelta, a los mejores de los Cefalénios. Pero, ea, antes que éste se escape a Pilos o también a la divina Elide, donde mandan los Epeos, vámonos... No se nos caiga para siempre la cara de vergüenza... Ignominia será todo esto para los que vengan detrás, aun sólo el oírlo, si ya no tomamos venganza de los asesinos de nuestros hijos y hermanos. No me sea ya más grata la vida, sino muera enseguida y me junte con los que se fueron. Pero vamos, no se nos adelanten y crucen el mar aquellos...

Así dijo llorando y la compasión se apoderó de todos los aqueos»...

Es el primero que habla en el ágora, el padre de Antínoo. ¿Quién mejor para llevar la voz cantante por las familias de los muertos que el padre del cabecilla de los pretendientes? La sintonización es homérica. Y el vigor con que arenga es también digno del padre del cabecilla y de las circunstancias., «Vaya una hazaña que ha hecho este hombre: perdernos a los que llevó y matarnos a los que quedaron. Y ahora se escapará... Vergüenza para siempre si e dejamos escapar. ¡A cortarle la retirada!..» Con el patetismo inspirado por el dolor: «Ya no me es grato vivir sino morir enseguida y juntarme con los que cayeron» .. Patetismo que excita el dolor y la conmiseración de todos los oyentes.

Es el primer orador. El poeta no va a presentar más que otros dos, porque su fin no es presentarnos una asamblea —esto ya lo hizo en el canto II,— sino sólo prepararnos el desenlace final. Y preparármolo con dramatismo. Por eso, tras Eupites batallador se presenta Medonte conciliador. Y se presenta ante el pasmo de todos los oyentes, que le creían muerto... «Llegó a la asamblea Medonte y el divino aedo de los palacios de Ulises, cuando los dejó el sueño, y se pusieron en medio. El espanto se apoderó de todo el mundo. Y Medonte, que sabía de prudencia, les dijo así: Oídme ya ahora a mí, Itacenses. Porque no es contra la voluntad de los dioses inmortales como Ulises tramó estas obras. Yo mismo ví a un dios que no muere, que estaba cerca de Ulises, y se parecía totalmente a Méntor. El dios inmortal unas veces aparecía delante de Ulises animándole, otras espantando a los pretendientes y atacán-

dolos por la sala. Y ellos amontonados caían... Así dijo y a todos sobrecogió un pálido temor».

Es el contraste del anterior. La voz de los dos únicos supervivientes—el mejor heraldo y el mejor aedo—llevada por el heraldo Medonte, tiene algo de providencial. Se ha salvado contra toda esperanza, y el público le recibe como venido del otro mundo. Ha sido testigo de la matanza, y el público oye con espanto que un dios ha intervenido en ella en favor de Ulises y contra los pretendientes... Por eso un temor religioso les sobrecoge a todos, y la tesis batalladora de Eupites queda frenada por la advertencia religiosa del prudente Medonte... siempre afecto a la causa de Ulises.

Este frenazo viene apoyado por el tercer orador, el adivino Aliterses, amigo de Ulises, que tomó la palabra en la primera asamblea para contener a los pretendientes. La lección del escarmiento es la que quiere poner ante los ojos de su auditorio este «anciano, que es el único que sabe leer el futuro en la experiencia del pasado». Con la mejor voluntad les arengó así:

«Oídmeme ya ahora a mí, Itacenses, lo que voy a decir: Por vuestra cobardía, amigos, han sucedido estas cosas. Porque no me hicisteis caso a mí, ni a Mentor, pastor de pueblos, para contener a vuestros hijos en sus locuras. Gran villanía cometieron con sus libertades indignas, destrozando las haciendas y desconsiderando la esposa de un hombre real. Y creían que él ya no iba a volver!... Ahora ya hágase así: hacedme caso a lo que digo: No vayamos, no sea que alguno se encuentre con el mal que se busca»...

Así cierra el poeta la asamblea. Así se han preparado los ánimos para la doble solución que se avecina. La opinión se ha dividido entre las dos orientaciones dadas por los oradores: La orientación de lucha y la orientación de prudencia. La primera sostenida por el padre del cabecilla tantas veces llamado «hijo de Eupites», la segunda por los prudentes y sensatos Medón y Aliterses que proclaman providencial la matanza por la intervención superior del dios que vino a vengar las infamias de los hijos consentidas por sus débiles padres... Así hay trama en los discursos y así se complica la solución...

La salida. «Así dijo, pero ellos se levantaron con gran alboroto, más de la mitad. Los otros se quedaron allí reunidos. Mas a la mayoría no les había gustado el consejo de Aliterses, sino que seguían a Eupites. Y enseguida corrieron a

buscar las armas. En cuanto se pusieron el brillante bronce se fueron reuniendo delante de la ciudad de anchas plazas. Eupites se puso al frente de su infantilidad: creía él, claro está, que iba a vengar la muerte de su hijo, mas no había de volver otra vez, sino que allí había de encontrar su muerte».

Este es el timbre del desenlace—la muerte del cabecilla y la dispersión y apaciguamiento de todos los que le siguen.—Esta segunda parte del timbre es lo que va a preparar el poeta mientras se reúnen y salen los combatientes camino del huerto, para esto nos traslada el poeta al Olimpo para despedirnos también de Zeus y buscar a Atenea para que asista a Ulises en la última prueba. Es variedad, es evocación y es solución integral de la íntima trama.

«Entonces Atenas dijo a Zeus Cronión: O padre nuestro, Cronida, el más alto de los que mandan: dime a mí que te pregunto: ¿Qué plan se te oculta ahora por dentro? ¿Vas a encender otra vez la guerra fatal y el terrible fragor de la lucha o vas a poner amistad entre ambas partes? Y Zeus amontonador de nubes contestó: Hija mía, por qué me preguntas a mí esto y me interrogas? ¿Qué, no eres tú misma la que ideaste este plan, a saber, que Ulises tomase venganza de ellos a la vuelta? Haz como quieras. Y te voy a indicar lo más conveniente. Puesto que ya se ha vengado de los pretendientes el divino Ulises, juren una paz firme y él reine para siempre y nosotros les demos olvido de la muerte de sus hijos y hermanos. Y ellos se amen mutuamente como antes, y riqueza y paz abundante les sea». Así diciendo animó a Atenas a lo que ya antes deseaba, y bajó de las crestas del Olimpo volando».

¿Qué finalidad desempeña esta conversación del Olimpo? Además de la ya indicada de despedirnos de la morada de los dioses—tan visitada en el transcurso del poema—y de oír por última vez conversar a sus dos más agregios representantes, tiene la de darnos ya la clave por modo profético—como tantas veces en Homero—del desenlace final del poema. Los dos bandos firmarán la paz. Ulises reinará mientras viva, los otros se olvidarán de sus muertos, y habrá amor y amistad como antes y riqueza y paz abundante. La acción del poema ha llegado a su fin y no es cosa de encender otra guerra. Hay que terminar y terminará sumiéndose la sangre en la arena... Lo trágico se reducirá a lo mínimo y se mezclará con lo cómico para que en el ánimo del lector quede la impresión sofrosínica que es propia de las dos obras de Homero y se parece a esas puestas de sol sonrientes, desahogadas, con que suelen terminar algunos días de tormenta. Atenas que tramó lo trágico va a tramar también

lo cómico, y así con mucho de humano y algo de divino, va a soltarse rápidamente y agradablemente el último nudo.

Caída final del telón.

«A los otros, cuando satisficieron los deseos de dulce comida, les dijo el de tanto aguante divinal Ulises: Salga alguno a ver, no sea que estén ya cerca avanzando... Así dijo: Y salió un hijo de Dolio, obediente, y se paró en el umbral, y los vió a todos encima. Enseguida dirigió a Ulises estas aladas palabras: Aquí están ya: armémonos cuanto antes. Dijo, y ellos corriendo se metieron en las armas: cuatro los de Ulises y seis los hijos de Dolio. También Laertes y Dolio se echaron las armas a pesar de sus canas, guerreros por necesidad. Cuando ya vistieron su cuerpo de fúlgido bronce, abrieron las puertas y salieron. Al frente iba Ulises».

Rapidez de piedra que cae, graficismo, emotividad. Dramaticismo del que sale a mirar con la paz del que come y se encuentra con todos encima... Dramaticismo del rápido armarse de los diez frente a tantos... Comicidad de los dos viejos canos poniéndose las armas, «guerreros por necesidad»... Comicidad que está ya anunciando el regocijo final.

«Al salir se les acercó la hija de Júpiter, Atenas, parecida a Méntor en el cuerpo y en la voz. Al verla, se alegró el de tanto aguante Ulises. Y enseguida dijo a Telémaco su hijo querido: Telémaco, ahora vas a aprender tú mismo una cosa —al verte en el frente donde luchan los hombres y se ven los mejores— a no avergonzar la sangre de tus padres, que antaño por heroísmo y proeza descolamos en toda la tierra. Y a su vez Telémaco le respondió prudente: Verás si quieres, padre querido, cómo este mi ánimo no averguenza nada tu sangre, como dices... Así dijo, y Laertes se alegró y exclamó así: ¡Qué día éste para mí, dioses queridos! ¡Qué dicha la mía! Hijo y nieto discuten sobre el valor... Y acercándose Atenas de brillantes ojosle dijo: O hijo de Arquesio, el más querido con mucho de todos mis 'compañeros, suplica a la doncella de brillantes ojos y al padre Zeus, y enseguida vibra y arroja tu lanza de larga sombra.

Es este un eco épico de las hazañas de Ulises proyectadas sobre Telémaco y Laertes. Tal para cual... puede aquí decirse al oír al padre, al hijo y al abuelo. Es también y sobre todo una presentación del héroe de la jornada, Laertes, con su orgullo épico de ser padre de tal hijo, y abuelo de tal nieto... El sí que no va a avergonzar, a pesar de sus años, su sangre...

Así dijo y le infundió fuerza grande Palas Atenas. Suplicó ¿cómo no? enseguida a la hija de Zeus potente y al punto vibró y lanzó la pica de larga sombra,

Dió a Eupites en el casco de carrillera de bronce. No resistió este la pica, que le atravesó bronceína. Estruendosa fué su caída, resonando las armas sobre él... Y cayeron sobre los delanteros Ulises y su ilustre hijo y empezaron a mandobles con sus espadas y picas de doble punta. Y entonces a todos los hubieran aniquilado y privado de la vuelta, si no hubiese Atenas, la hija de Zeus que lleva la égida, gritado con toda su voz, conteniendo al pueblo entero: Basta de guerra, Itacences, basta de muertes... A separarse enseguida sin más gota de sangre. Así dijo Atenas, y los sobrecogió el pálido temor».

Basta la hazaña vespertina de Laertes para poner punto final a la tragedia del poema. Es la última gota de sangre... inofensiva, simpática, agradable. El padre de Ulises ha matado al padre de Antínoo... La caída del padre cabecilla es un eco de la caída del hijo cabecilla. Y se ha hecho justicia en la tierra y justicia perfecta. Por eso el ambiente es regocijado, y los golpes de Ulises y Telémaco ya están de más en el poema. No son nada más que un eco de despedida, un adiós de su valor. «Basta ya de guerras, no haya más sangre. Ni una gota más»... Así lo manda Atenas que ve ya cumplida toda su obra.

El telón cae rápido. «Atemorizados, se les fueron de sus manos las armas. Todas caían en tierra, al oír la voz de la diosa. Y a la ciudad se volvían deseosos de la vida. Terriblemente gritó el de tanto aguante divinal Ulises y encogiéndose se lanzó como águila de alto vuelo. Y entonces ya el Cronida lanza una encendida centella que va a caer delante de la de brillantes ojos Atenas: Hijo de Laertes, del linaje de Zeus, Ulises, de tantos recursos: detente, pára la lucha de niveladora guerra, no sea que se irrite contigo Zeus el de tronadora voz. Así dijo Atenas, y él obedeció y se alegró su corazón. Y firmó los pactos luego entre ellos Palas Atenas, hija de Zeus que lleva la égida, a Méntor parecida en el cuerpo y en la voz».

Así termina la Odisea con dejos de atardecer. Rapidez, placidez, evocación, extinción, apagamiento de luz, puesta de sol, caída de telón. ¡El arte de acabar! Esto es lo que nos enseña Homero en este final de la Odisea. Desde el estallido de la tormenta en el canto 22 con la ejecución de la venganza, ha venido el poeta alejando la tormenta y dejando aparecer la luz y la calma: primero con la anagnórisis de Penélope en el canto 23, luego con la apoteosis de Aquiles y el reconocimiento de Laertes en el canto 24, de modo que cuando viene ya a la liquidación de la venganza al final del poema, esta se oye ya como una tormenta lejana de la que sólo se perciben los ecos de algún que otro trueno y el brillo de un solo rayo. Pero

rayo que fulgura entre arreboles de calma y de claridad. La venganza es la clave del poema. ¿No has tramado tú misma este plan —que Ulises se vengue de ellos a la vuelta?— Pues Atenas que lo tramó y ejecutó es también quien lo liquida. Por eso la liquidación de la tormenta es la última escena del poema y por eso con Atenas termina, con Palas Atenas, la perpetua protectora de Ulises, en figura de Méntor... el mayor amigo de Ulises, tutor de su casa. ¡El arte de terminar!

ENRIQUE BASABE, S. J.